

# José Landa

---

## Poemas

### Apunte para un recado de viaje

Si empezara con cualquier línea, si empezara.  
Diría que al marcharte en el lomo de aquel amanecer  
escapabas de las húmedas manos de la noche,  
del latir del arroyo en franco celo, su deseo indiscreto de mirarte.  
Quizá debas saber que aunque te vayas,  
las tardes de ese abril bajo el sordo sonido de la lluvia  
y su galope de animal azabache que hacía tañer los cascos en el lodo,  
el aroma de limonarios y naranjos y tu voz de relámpago en los cerros,  
son las cosas privadas que ahora quedan,  
al custodio de niños aprendices del arte de guardar siempre silencio.  
Te podrás ocultar a la mirada, y al tacto –puede ser–  
de esta necia manera de buscarte  
entre caminos, ríos, incluso en el rumor del puerto más cercano,  
pero el tiempo que es nuestro, y es moneda corriente de navíos,  
te ha de sacar a flote como la imagen oculta entre los libros,  
la línea, la palabra, la soledad con que quiso iniciar este recado.

# José Landa

---

## Poemas

### Días de la sed

(...)

En el margen del arroyo se ponían a cantar sus  
versos herencia de la tarde,

no les preocupaba el amanecer, sabían mirar a  
través de las plantaciones de papaya,

los árboles eran un pretexto para entorpecer  
las indicaciones de brújulas silvestres.

El próximo amanecer, sabían, les aguardaba. No  
podían posponer sus rutinarios pasos,

el trabajo era un dios benévolo y el sudor una  
esperanza inmutable.

Entretanto, el arroyo custodiaba las confesiones,  
humedecía secretamente las palabras y cada una de ellas  
debía recorrer los labios una sola vez.

Silbaban al mirar el crepúsculo como a una mujer  
celestes que desnudaba su virginidad,

nada existía fuera de ellos en esas tierras hijas del calor,

la ropa volvía cómplices a las piedras y la hierba,

la desnudez era hija del agua al amparo de la primera luna.

# José Landa

---

## Poemas

(...)

El correr de un brazo de río entre los platanares,  
el pasto en el festín de los anfibios,  
el sudor como una caricia en las espaldas,  
los muchachos que salen a orinar en el solar oscuro  
de sus familias a medianoche,  
el recuerdo de una emoción de pájaro en el vientre,  
el tacto de una tortuga al fondo de un aljibe,  
el horizonte en calma hacia el sur del rancho,  
el gemir de los amantes del monte,  
las bestias que sueñan con el fuego.

Todo esto viene a poblar las horas de una noche  
insomne sólo porque alguien con olor a lluvia nos ha  
mirado desde lejos.

# José Landa

---

## Poemas

(...)

Salmón dorado, huyes de la memoria por la corriente  
de los días.

Tu nombre es un silbido de cigarra, tu cuerpo un  
sembradío de aguaceros.

La casa que habitabas entre los platanares ya es  
nido del verano. Gotea por las paredes la sombra de  
tu sombra.

No vuelvas si no está escrito tu regreso,  
tu piel sigue en las piedras del arroyo,  
manso caudal de los deseos.

Vive si has de vivir. Muere si has de morir, entre  
los pasos de marinos y turistas, en aquel puerto  
refugio de la distancia.

# José Landa

---

## Poemas

(...)

Por las hojas de plátano goteaba la luz de la tarde.

Caminábamos a la vera del río, entre mujeres que lavaban camisas de cañeros y palabras secretas.

¿Cuáles eran nuestros nombres, cuáles nuestras alianzas?

Desconfiábamos de la calma en los troncos de árboles muertos bajo el tapiz de las hormigas,  
nunca supimos cómo llamar a los pájaros bulliciosos de los manglares.

Ahora llueve. El aire es un mal presagio de la soledad.

Los niños en el río son como apariciones de otro mundo.

No hay ruidos, salvo la noche en los cañaverales.

Esto sucede y ya no andamos aquellos ardientes caminos. Esto sucede, ¿qué nuevos silencios pueblan tu casa en el horizonte?

# José Landa

---

## Poemas

### **Alguien canta en la cruz de los caminos**

Ruidos de la búsqueda.  
Ruidos como hocicos de hienas y aletear de temores.  
Ruidos oscuros.  
Bajo los troncos secos,  
a la orilla de casas abandonadas están,  
en cada segundo del insomnio están.  
Como hace breves años entran ahora en mí,  
Sacuden lo que aún pueda habitarme de ramaje,  
lo que aún me resta de sólida construcción.

Un raro escalofrío hace temblar las hojas de los  
nacastles,  
viene a interrumpir el bullicio de pájaros festivos,  
sus metales se ponen a brillar como presentimientos  
y seducen el cuerpo virgen de la duda.  
Es el ángel de la búsqueda,  
sus feroces trompetas agrietan los muros del verano  
–altas murallas de aire–

y recorren los frutos del manglar,  
el laberinto de voces en el río,  
el mudo grito del silencio en el corazón de las piedras.

Yo también vine  
“a mirar los cerros que adoptó la lejanía”  
y no alcanzo a tocar con la mirada el otro lado de  
sus montes,  
me admito preso de batallas imposibles, advenedizo de  
guerreros olvidados.

Ahora los espejos pueden dar rienda suelta a sus ficciones,  
escribir las bases de una genealogía aplicable a  
cualquier advenedizo de Babel,  
ofrecer la fórmula perdida de los alquimistas  
para conocer el águila y el sol de una moneda con  
sólo mirar de soslayo.

El hallazgo también es un espejo, un tablero de  
ajedrez con recuadros infinitos,  
también el ángel es susceptible de ser ánima sola,  
blanco fácil ante el asedio de fantasmas futuros.  
Tiemblan por eso los caminos,  
los cuadernos con direcciones de familias lejanas,  
los labios cuando pronuncian versos malaprendidos a la Biblia.

La noche de los temores y las búsquedas en el vientre están,  
la noche de la búsqueda en todo haz de luz está.  
La noche y la búsqueda pulimentan sus dientes,

ponen a cantar las cuerdas de sus gargantas,  
son felices cuando alguien echa a andar los motores de  
    presagios y calamidades  
con sólo deletrear la palabra Vida.

# José Landa

---

## Poemas

### **La noche en la mirada de una sola mujer**

Tal vez porque los días transcurren desiguales  
y una rama no copia a la otra,  
tal vez,  
ningún aliento se despereza en el jardín de la viuda,  
ningún sonido ajeno al de las aves que ya de por sí rondan  
el almendro solitario.

Lo que otros dicen del placer hace zumbiar los oídos  
de la viuda, serpentear como la *ese* del deseo por sus manos.  
Su amante es el silencio de ciertas noches húmedas de calor.  
No hay nada que temer, es inocente a falsos  
testimonios de dulceras hostiles  
y vaqueros ansiosos por tocarla,  
no romperá el candado de su fidelidad al más allá.

Entra un “norte” en el pueblo y la gente se persigna,  
el ventarrón golpea ventanas, puertas,  
corazones mudos de soledad,  
invade los dominios de la calma en un afán por  
transformarlo todo.

“Es el muerto –dicen– que viene a proteger a la viuda”

Ni gorrión usurpador de horizontes,  
ni chuparrosas compañero de las miradas vacías,  
ni muchacho buscador de vírgenes a la sombra de los  
guásamos en el campo.

Es el deseo.

La fiebre humedece el pubis de la viuda, se asoma  
al jardín y luego reza padrenuestros,  
avesmarías con las manos abrasadas.

El ventarrón se cuela por la ventana abierta, desordena  
sus sentidos,  
pero también se marcha.

Tal vez porque no hay fuego sin orillas, ni gemir sin eco  
en una habitación oscura,  
el silencio hará crecer un musgo todavía primaveral  
en la entrepierna de la viuda.

# José Landa

---

## Poemas

### **Preludio al treno por la tumba de Celestino Landa**

Desde una casa vecina al Cementerio Mayor,  
miraste de soslayo una luz cenicienta colarse entre  
    la hierba de cualquier tumba infame,  
ciertos pájaros cómplices del silencio  
–del olvido que dibuja su huella, casi reflejo de cruces  
    en el muro–,  
cualquier animal como cualquier mitología,  
la noche y su duelo infinito,  
el Mal –viento sagrado– que a veces se aparece  
    a prolongar la vigilia,  
y tu futuro reducido a escombros bajo tierra.  
Entonces el insomnio, que sabe escudriñar los más  
    laberínticos secretos,  
llevó hasta el barandal de aquella casa,  
en medio de escalofríos parecidos al tacto de serpientes  
    sobre la piel del miedo:  
Imágenes y objetos del pasado,  
leyendas de familia,  
el odio alacrán rojo hacia el corazón difunto de un asesino

cuyo rostro desconoces,  
y otras memorias ajenas a tu presente –pertenencias  
del imperio de los años.  
Muy pocos, imaginabas, eran tus muertos, demasiados  
tus vivos.  
Pero aquellos fantasmas que de pronto inundaron  
tus pasillos sanguíneos  
al contemplar, ya de frente, ese paisaje digno  
del más sacrosanto olvido,  
rozar tu espalda con su osamenta.  
Jamás empuñaste una espada y casi te siega la luz  
de su metal,  
nunca tus índices dibujaron sudores en la delgadez  
de los gatillos  
y la ceniza de otros días formó esferas de pólvora,  
era mentira que hayas muerto en la madrugada  
de otra muerte  
y pese a todo, era verdad que el frío limpiaba el verdín  
de tus escudos,  
la llovizna de abril recorría en su caída tus deseos  
de huir hacia otra noche,  
lejos del territorio donde entonces temías que fueran  
ciertos tus temores.

Y ante el anonimato de aquella cruz –posiblemente  
legendaria–  
en el Cementerio Mayor de cierta calle, sentiste,  
acaso sin saberlo,

el aliento de un hombre asesinado a principios de siglo  
en cualquier cruce de caminos benditos por el diablo,  
el aliento de aquel, cuyo apellido, verdinece las letras  
de tu nombre.

# José Landa

---

## Poemas

### Treno por la tumba de Celestino L.

No vuela el pájaro, el aire se posa en una rama.  
En su quietud, la tarde amarillea como espesura  
del más viejo cedro  
y cae, tapiza el suelo del amargo silencio.  
Junto a la tumba nace un coro de ayes. Trenan  
los descendientes con ardor de vaciedumbre:  
Antaño, fumabas habaneros a la orilla de lagos donde  
el tiempo se detenía,  
eras el bravucón viento-del-norte que se arremolinaba  
sobre los pueblos  
y ponía a temblar las raíces de los nacastles,  
hacías bajar a tierra las flores de los delfas blancuscos,  
sacudías los huesos de árboles carne-de-perro  
y abrías con tu caravana de bestias los ríos más profundos  
de lado a lado.  
Viejo comerciante, vaquero piel de *haya*, coraje de toro demoníaco,  
rubio pez,  
aquí encendemos un relámpago en tu nombre,  
gritamos de furia y dolor por tu muerte de treinta y cinco

lunas,  
nos arrancamos las sombras a pedazos, nuestras uñas  
gotean oscuridad,  
padre de mil generaciones,  
por tus manos de sorda lumbre,  
por tu pecho de rumoroso río,  
por tu andar de fiera nómada,  
por tu mirada ansiosa de montañas,  
por tu mordida infelicidad *morida* a solas,  
por tu queja de eterno insatisfecho.  
Aquí encendemos un relámpago en tu nombre,  
nos aliamos para quemar los corazones de quienes  
quemaron tu corazón,  
para cobrar tu sangre.  
Nuestra rabia es infinita. Nuestra rabia es infinita  
como infinita es tu distancia.  
Aquí estamos todos, encendemos un relámpago  
en tu nombre, somos tu descendencia.

# José Landa

---

## Poemas

### Como en aquella fábula

Como en aquella fábula de Poe,

hay un hombre sentado en una roca, y el diablo  
no aparece.

Junto al Mozomboa que serpentea como si fuese  
el tiempo y fluye entre platanares y cañas libres de cultivo,  
hay un hombre sentado en una roca.

El agua calla cuanto sabe su mirada y lo guarda  
en su propia hondura.

Los arbustos ni reflexionan acerca de la eternidad  
ni hablan otro lenguaje que no sea el de los anfibios.

No viene un solo rayo a iluminar el rumoroso fluir  
de la madrugada entre las ondas del Mozomboa.

El hombre continúa sentado en esa roca,  
acaso se pregunte que diantre sea el silencio,  
o la duda, o el caos, o acaso no se pregunte nada,  
tal vez mire el futuro como el negro reverso de los  
montes,  
tal vez algún sonido le trajo a la memoria  
ciertas cosas abstractas, ciertos olvidos de otros años,  
ciertas contradicciones.

Pero no hay un indicio de preocupación  
en ese fragmento de paisaje demasiado tranquilo.

La sombra de alguien a punto de morir siente  
Estas imágenes como síntesis de sus días pasados  
que, absortos, se difuminan en la superficie  
clarísima del Mozomboá,

no hay nada más complejo –en realidad no hay  
nada complejo–, es sólo el callar de la contemplación.

El hombre desaparece de la roca, y un pájaro  
–el vacío– viene a posarse en ella en tanto mira los círculos  
y los círculos y los círculos al caer de un insecto  
sobre el agua.